

# In Unum

*“Padre, que sean uno... para que el mundo crea”*

## Publicación mensual del

### “INSTITUTO SECULAR ORIONINO” SEPTIEMBRE 2012

#### Palabras de San Luis Orione

Jesús es pobre, es el Dios y el padre de los pobres. El Hijo de Dios se unió a la naturaleza humana bajo la forma de la pobreza. Quiso la pobreza, se casó con ella y la hizo su virtud propia, su virtud predilecta, la virtud necesaria para la perfección.

Jesús quiere que sus discípulos abandonen todas las cosas para ser pobres como Él: y porque son pobres, les da todos los privilegios de su misión divina.

A la pobreza le da el cien por uno en este mundo y la herencia del reino de los cielos: son los pobres de Jesucristo que se sentarán un día en tronos de reyes para juzgar al mundo.

Jesús es pobre: la gruta, el pasto, el pesebre: ¡he aquí la gloria de su pobreza!

Y será pobre en su vida y en su muerte: vestirá la ropa del pobre, compartirá la comida, las humillaciones y los rechazos de los pobres.

Vivirá de limosna, no sabrá donde reclinar la cabeza, morirá en la cruz, despojado de sus ropas y lacerado también en su piel, y no tendrá donde ser sepultado. ¿Existió alguna vez sobre la tierra un pobre como Jesús?

¡Cuánto debemos amar y estimar la pobreza, divinizada en Jesús! ¡Cómo debemos vivir el espíritu de pobreza por amor a Jesús! Pobres en el afecto, no nos atemos a nada, ni a la ropa ni a cosa alguna de este mundo.

Hijos de la Divina Providencia, nuestro Instituto profesa la perfecta pobreza evangélica. La perfecta pobreza evangélica consiste en no tener nada en esta tierra, esperando todo lo necesario sólo de la providencia del Padre celestial.

(...) Jesucristo dijo: “Bienaventurados los pobres de espíritu” para encomiar y encomendar el desinterés por todas las riquezas y las cosas mundanas.

(...) Con la escasez presente nuestro Señor quiere también prepararnos para la práctica real de la virtud de la pobreza que hemos abrazado con el voto.

Pero si lo hacemos desde ahora, imponiéndonos todos, espontáneamente, una rigurosa economía, no sólo en lo superfluo, sino también en aquello estrictamente necesario, convertiremos nuestro sacrificio inmensamente más grato a Jesús, el divino Niño de la santa pobreza, y más meritorio para nosotros.

(...) No nos creamos necesidades, no pretendamos comodidades, nosotros no somos dueños del dinero y de los bienes, sino simplemente administradores. Nosotros somos los seguidores de un Niño nacido en un establo, que fundó el reino más extenso que el inmenso imperio de los Césares –los fastos gloriosos de la humanidad no son por el origen de Roma, sino por la Encarnación de Cristo Redentor, –el Hijo de Dios, en quien serán bendecidas toda las naciones de la tierra.

*(Extraído del libro “Lo spirito di Don Orione”, Vol. V, págs. 29-31)*



#### Con las cosas, ser libres

El discípulo tiene una definida relación con las cosas de este mundo. Es libre de toda atadura material. Es pobre. Como nada tiene, nada puede perder, ni nada tiene que defender. Por eso es capaz de entregarse enteramente a instaurar el Reino de Dios. Rechaza la riqueza y opta por la pobreza como estilo de vida.

Jesús previno a sus discípulos claramente sobre el gran peligro que encierran las riquezas. De ninguna manera son compatibles con el Reino.

El gran peligro de las riquezas es que se convierten en un *ídolo* que suplanta a Dios (Col.3, 5). Se confía en falsos dioses que no aseguran la vida a nadie (Lc. 12, 13-21). Es precisamente por esto que Jesús, hablando del dinero, recalca que no se puede servir a dos señores, ya que a través de un proceso casi imperceptible, va suplantando el papel de Dios: se depende y se confía en él, se le sirve y entrega la vida. Pero las riquezas son bienes falsos y aparentes (Lc. 16,11), que corroe la polilla y roban los ladrones (Lc. 12,33), porque el que es estimable para los hombres, es abominable para Dios (Lc. 12,15).

En segundo lugar, el Maestro afirma que las riquezas son *injustas* (Lc. 16,9). Toda riqueza está amasada con el sudor de muchos pobres, o mejor, empobrecidos. El enriquecimiento es una afrenta cuando no se comparte distributivamente las ganancias con todos los que han colaborado a la producción y comercialización de un producto. Cuando el trabajo de un obrero o pueblo se compra, en vez de hacerlos partícipes de los resultados de su fatiga, la riqueza que de allí provenga es indebida. Toda relación comercial en la que se aproveche del más necesitado está en contra del plan de Dios.

En tercer lugar produce endurecimiento del corazón ante las necesidades de los demás. Así le sucedió al rico que todos los días banqueteara opulentamente sin darse cuenta que a su puerta yacía el pobre Lázaro (Lc. 16,19-31). Nadie en toda la Biblia ha recibido castigo mayor que éste, que ignoraba a su hermano necesitado. Parece que es el pecado más grave de todo el Nuevo Testamento.

Por último, *la ambición es el origen de todos los males* (1 Tim. 6,10): guerras, malicia, mentiras y todo tipo de injusticia y corrupción, provienen del desmedido afán de tener más y más. Son el tobogán para procurar todo tipo de poder y placer, sin importar los medios. En este nivel, la riqueza sólo ha tomado el lugar de Dios: se siente todopoderoso, infalible y centro del universo.

El valor de la pobreza no radica en sí misma, sino cuando va enmarcada en tres actitudes:

- Una dependencia total e incondicional de Dios en todos los campos: el material, el intelectual, el cultural, el espiritual, etc. Aquí cabe aclarar que el pobre Lázaro de la parábola, no se salvó porque fuera pobre, sino porque, como su nombre significa, confiaba en Dios. El verdadero pobre, deposita toda su confianza en Dios.
- Como consecuencia del amor. El discípulo ama a sus hermanos y por eso comparte con ellos sus bienes. No consiente tener dos túnicas si su hermano sufre frío. No es pobre por no tener, sino por compartir todos sus bienes con los más necesitados.
- Produce libertad para servir más y mejor en el Reino. Libre de toda atadura humana, se es capaz de buscar únicamente el Reino de Dios y su justicia.

La elección de la pobreza como estilo de vida, es una decisión que todos deben hacer un día para entrar en el Reino, pues la puerta es demasiado estrecha y no caben las riquezas del mundo.

*“Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de los Cielos”* (Mt. 19,24).

Por tanto, el llamado a la pobreza es universal y condición para ser discípulo de Jesús. Discípulo rico es una contradicción de términos, ya que Jesús fue pobre. Sin embargo el llamado a la pobreza es de acuerdo a la vocación de cada uno. De ninguna manera se pueden tabular las entradas económicas para saber quién es o no discípulo, sino que cada uno responde a este llamado de acuerdo a su función en este mundo.

Un ejemplo preclaro de la pobreza lo encontramos en San Francisco de Asís, que renunció a todo lo que este mundo ofrece, para asemejarse lo más posible a Jesús, que depende de Dios.

Dios nos desafía a vivir una pobreza afectiva y efectiva, desprendiéndonos de todo aquello que Él nos pide.

La pobreza no se identifica con no tener posesiones. Más bien consistiría en administrar todos los bienes (no sólo los materiales) con criterios evangélicos. Nada nos pertenece exclusivamente. Somos simples administradores de los talentos que se nos han confiado. Sobre toda propiedad pende una hipoteca social.

Jesús afirma que los bienes no nos pertenecen. Son *ajenos* (Lc. 16,12). La prueba de que somos simples administradores, es que nada trajimos a este mundo y tampoco nada nos llevaremos de él. Por tanto, el abismo que separa a ricos y pobres no entra en el plan de Dios. Por eso, el discípulo comparte lo que es y tiene con los demás, especialmente con los más necesitados. Esto implica, primeramente, devolver a Dios lo que le pertenece y a nuestros hermanos lo que es suyo. No se trata, pues, de una obra de caridad, sino de justicia, incluyendo los bienes espirituales y carismas que pertenecen a la comunidad. San Pablo nos ha precisado este punto cuando nos advierte

*“Conforme a la gracia que Dios nos ha dado, todos tenemos aptitudes diferentes. El que tiene el don de la profecía, que la ejerza según la medida de la fe. El que tiene el don del ministerio, que sirva. El que tiene el don de enseñar, que enseñe. El que tiene el don de la exhortación, que exhorte. El que comparte sus bienes, que dé con sencillez. El que preside la comunidad, que lo haga con solicitud. El que practica misericordia que lo haga con alegría”* Rom. 12,6-8).

**Ejercicio práctico:** Para hacer un acto concreto de pobreza, que cada una identifique algún bien del cual el Señor la llama a desprenderse, porque no lo necesita para vivir y sí es necesario para otras personas. Después identifique algún objeto que sí es necesario para vivir, pero que, como la viuda del Evangelio, lo consagra al Señor.

La que logra hacerlo, está viviendo la pobreza en forma concreta.



## Bienaventurados los pobres...

Las páginas del Evangelio que hablan de las Bienaventuranzas, nos permite verificar que, al referir las palabras de Jesús, cada uno de los cuatro evangelistas, sin traicionar su sentido fundamental, desarrolló un aspecto en lugar de otro, adaptándolas a las exigencias de la comunidad para la que escribía.

Mientras Mateo refiere ocho Bienaventuranzas pronunciadas por Jesús, Lucas refiere sólo cuatro. En compensación, sin embargo, Lucas refuerza las cuatro Bienaventuranzas, oponiendo a cada una de ellas una maldición, introducida por un «¡ay!». Más aún: mientras el discurso de Mateo es indirecto: «¡Bienaventurados los pobres!», el de Lucas es directo: «¡Bienaventurados ustedes, los pobres!». Mateo acentúa la pobreza espiritual («bienaventurados los pobres *de espíritu*»), Lucas acentúa la pobreza material («bienaventurados ustedes, los *pobres*»).

Pero son detalles que no cambian en lo más mínimo, como se ve, la sustancia de las cosas. Cada uno de los dos evangelistas, con su modo particular de referir la enseñanza de Jesús, subraya un aspecto nuevo, que de otra forma habría quedado en la sombra. Lucas es menos completo en el número de las Bienaventuranzas, pero recoge perfectamente su significado de fondo.

Cuando se habla de las Bienaventuranzas, el pensamiento va inmediatamente a la primera de ellas: «Bienaventurados ustedes, los pobres, porque el reino de Dios les pertenece» (Lc. 6,20b). Pero en realidad el horizonte es mucho más amplio. Jesús traza, en esta página, dos modos de concebir la vida: o «por el reino de Dios» o «por la propia consolación», esto es, o en función exclusivamente de esta vida o en función de la vida eterna. Esto es lo que evidencia el esquema de Lucas: «Bienaventurados ustedes... – Ay de ustedes...»: «Bienaventurados ustedes, los pobres, porque el reino de Dios les pertenece... ¡Ay de ustedes, los ricos, porque ya tienen su consuelo!» (Lc. 6,24).

Dos categorías, dos mundos. A la categoría de los bienaventurados pertenecen los pobres, los hambrientos, los que ahora lloran y los que son perseguidos y proscritos a causa del Evangelio. A la categoría de los desventurados pertenecen los ricos, los saciados, los que ahora ríen y los que son llevados en la palma de la mano por todos.

Jesús no canoniza sencillamente a todos los pobres, los que padecen hambre, los que lloran y son perseguidos, como no demoniza simplemente a todos los ricos, los saciados, los que ríen y son aplaudidos. La distinción es más profunda; se trata de saber sobre qué cosa uno fundamenta su propia seguridad, sobre qué terreno está construyendo el edificio de su vida: si sobre aquél que pasa o sobre aquél que no pasa.

La página del Evangelio de Lucas es verdaderamente una espada de doble filo: separa, traza dos destinos diametralmente opuestos. Es como el meridiano de Greenwich que divide el este del oeste del mundo. Pero por fortuna con una diferencia esencial. El meridiano de Greenwich está fijo: las tierras que están al este no pueden pasar al oeste, igual que está fijo el ecuador que divide el sur pobre del mundo del norte rico y opulento. La línea que divide, en nuestro Evangelio, a los «bienaventurados» de los «desventurados» no es así; es una barrera móvil, absolutamente posible de atravesar. No sólo se puede pasar de un sector a otro, sino que toda esta página del Evangelio fue pronunciada por Jesús para invitarnos y animarnos a pasar de una a otra esfera. La suya no es una invitación a hacernos pobres, ¡sino a hacernos ricos! «Bienaventurados ustedes, los pobres, porque el reino de Dios les pertenece». Pensemos: pobres que poseen un reino, ¡y lo poseen ya desde ahora! Aquellos que deciden entrar en este reino son, en efecto, desde ahora hijos de Dios, son libres, son hermanos, están llenos de esperanza de inmortalidad. ¿Quién no desearía ser pobre de esta forma?



## Jesús y el derroche

No es casualidad que la presentación de la Eucaristía comience con el relato de la multiplicación de los panes. Con ello se viene a decir que no se puede separar, en el hombre, la dimensión religiosa de la material; no se puede proveer a sus necesidades espirituales y eternas, sin preocuparse, a la vez, de sus necesidades terrenas y materiales.

Fue precisamente ésta, por un momento, la tentación de los apóstoles. En un pasaje del Evangelio se lee que ellos sugirieron a Jesús que despidiera a la multitud para que fuera a los pueblos vecinos a buscar qué comer. Pero Jesús respondió: “*Denles de comer ustedes mismos*” (Mt. 14,16). Con ello Jesús no pide a sus discípulos que hagan milagros. Pide que hagan lo que pueden. Poner en común y compartir lo que cada uno tiene. En aritmética, multiplicación y división son dos operaciones opuestas, pero en este caso son lo mismo. ¡No existe “multiplicación” sin “partición” (o compartir)!

Este vínculo entre el pan material y el espiritual era visible en la forma en que se celebraba la Eucaristía en los primeros tiempos de la Iglesia. La Cena del Señor, llamada entonces *ágape*, acontecía en el marco de una comida fraterna, en la que se compartía tanto el pan común como el eucarístico. Ello hacía que

se percibieran como escandalosas e intolerables las diferencias entre quien no tenía nada que comer y quien se “embriagaba” (1 Cor. 11, 20-22). Hoy la Eucaristía ya no se celebra en el contexto de la comida común, pero el contraste entre quien tiene lo superfluo y quien carece de lo necesario no ha disminuido, es más, ha asumido dimensiones planetarias.

Sobre este punto tiene algo que decirnos también el final del relato de la multiplicación de los panes. Cuando todos se saciaron, Jesús ordena: *“Recojan los pedazos que sobran, para que no se pierda nada”* (Jn. 6,12). Nosotros vivimos en una sociedad donde el derroche es habitual. Hemos pasado, en cincuenta años, de una situación en la que se iba al colegio o a la Misa dominical llevando, hasta el umbral, los zapatos en la mano para no gastarlos, a una situación en la que se tira el calzado casi nuevo para adaptarse a la moda cambiante.

El derroche más escandaloso sucede en el sector de la alimentación. Una investigación del Ministerio de Agricultura de los Estados Unidos revela que una cuarta parte de los productos alimentarios acaba cada día en la basura, por no hablar de lo que se destruye deliberadamente antes de que llegue al mercado. Jesús no dijo aquel día: *“Destruyan los trozos sobrantes para que el precio del pan y del pescado no baje en el mercado”*. Jesús no quería el desperdicio. Pero es lo que precisamente se hace hoy: se tira la leche, el pescado, las papas, etc., para que el precio no baje.

Bajo el efecto de una publicidad que vive machacando, la gente no para de comprar cosas que la propaganda le hace creer que necesita y que luego, al tenerlas, se da cuenta que no eran tan necesarias, y quedan archivadas en algún rincón de la casa, que se va haciendo cada vez más chica con tantas cosas inútiles guardadas. “Gastar y no ahorrar” es actualmente la contraseña en la economía.

Pero no basta con ahorrar. El ahorro debe permitir a los individuos y a las sociedades ser más generosos en la ayuda a los más pobres. Si no, es avaricia más que ahorro. Si tengo ahorros sólo para mí, no hago lo que quiere Dios: que es compartir. Y eso no significa que no tengo que ahorrar, para que mañana no sea una carga para nadie, pero todo debe hacerse en su justa medida. No debo olvidar que lo que está sobrando en mi casa, está faltando en otras.



## El peligro de la avaricia

Una observación preliminar es necesaria para despejar el terreno de posibles equívocos al leer lo que el Evangelio dice de la riqueza. Jesús jamás condena la riqueza ni los bienes terrenos por sí mismos. Entre sus amigos está también José de Arimatea, “hombre rico”; Zaqueo es declarado “salvado”, aunque retenga para sí la mitad de sus bienes, que, visto el oficio de recaudador de impuestos que desempeñaba, debían ser considerables. Lo que condena es el apegamiento exagerado al dinero y a los bienes, hacer depender de ellos la propia vida y acumular tesoros sólo para uno (Lc 12, 13-21).

La Palabra de Dios llama al apegamiento excesivo al dinero «idolatría» (Col 3, 5; Ef. 5, 5). El dinero no es uno de tantos ídolos; es el ídolo por antonomasia. Literalmente “dios de metal fundido” (Ex 34, 17). Es el anti-dios porque crea una especie de mundo alternativo, cambia el objeto a las virtudes teologales. Fe, esperanza y caridad ya no se ponen en Dios, sino en el dinero. Se realiza una siniestra inversión de todos los valores. “Nada es imposible para Dios”, dice la Escritura, y también: “Todo es posible para quien cree”. Pero el mundo dice: “Todo es posible para quien tiene dinero”. “El dinero todo lo compra”. Claro que no puede comprar la vida porque le pertenece a Dios. Lamentablemente el acumulador de dinero no lo piensa, por eso Dios le dice: “insensato, esta misma noche vas a morir”.

La avaricia, además de la idolatría, es asimismo fuente de infelicidad. El avaro es un hombre infeliz. Desconfiado de todos, se aísla. No tiene afectos, ni siquiera entre los de su misma carne, a quienes ve siempre como aprovechados y quienes, a su vez, alimentan con frecuencia respecto a él un solo deseo de verdad: que muera pronto para heredar sus riquezas. Tenso hasta el espasmo para ahorrar, se niega todo en la vida y así no disfruta ni de este mundo ni de Dios, pues sus renunciaciones no se hacen por Él. En vez de obtener seguridad y tranquilidad, es un eterno rehén de su dinero.

Pero Jesús no deja a nadie sin esperanza de salvación, tampoco al rico. Cuando los discípulos, después de lo dicho sobre el camello y el ojo de la aguja, preocupados le preguntaron a Jesús: “Entonces ¿quién podrá salvarse?”, Él respondió: “Para los hombres, es imposible; pero no para Dios”. Dios puede salvar también al rico. La cuestión no es “si el rico se salva” (esto no ha estado jamás en discusión en la tradición cristiana), sino “qué rico se salva”.

Jesús señala a los ricos una vía de salida de su peligrosa situación: *“Acumulen tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que los consuman”* (Mt 6, 20); *“Gánense amigos con el dinero de la injusticia, para que el día que este les falte, ellos los reciban en las moradas eternas”* (Lc 16, 9).

¡Se diría que Jesús aconseja a los ricos transferir su capital al exterior! Pero no a Suiza, ¡al cielo! Muchos –dice San Agustín– se afanan en meter su propio dinero bajo tierra, privándose hasta del placer de

verlo, a veces durante toda la vida, con tal de saberlo seguro. ¿Por qué no ponerlo nada menos que en el cielo, donde estaría mucho más seguro y donde se volverá a encontrar, un día, para siempre? ¿Cómo hacerlo? Es sencillo, prosigue San Agustín: Dios te ofrece, en los pobres, a los portadores. Ellos van allí donde tú esperas ir un día. La necesidad de Dios está aquí, en el pobre, y te lo devolverá cuando vayas allí.

Pero está claro que la limosna con monedas sobrantes y la beneficencia ya no es hoy el único modo de emplear la riqueza para el bien común, ni probablemente el más recomendable. Existe también el de pagar honestamente los impuestos, crear nuevos puestos de trabajo, dar un salario más generoso a los trabajadores cuando la situación lo permita, poner en marcha empresas locales en los países en vías de desarrollo. En resumen, poner a rendir el dinero, hacerlo fluir. Ser canales que hacen circular el agua, no lagos artificiales que la retienen sólo para sí.

Muchos podrán decir: soy pobre y no tengo dinero para dar, apenas alcanza para mí. Jesús les respondería: “¿Estás seguro/a que es sólo el dinero lo que debe compartirse? Revisa bien tu mochila, te di muchos otros dones que no debes guardar sólo para ti. ¡Compártelos! No quiero que mañana me devuelvas sólo el único talento que enterraste para no perderlo. ¡Te exigiré los intereses que debiste ganar y no admitiré el miedo como excusa por tu pereza! (Mt. 25, 14-30).



## Intenciones del Papa para Septiembre

**GENERAL:** Para que los políticos actúen siempre con honradez, integridad y amor a la verdad.

**MISIONERA:** Para que aumente en las comunidades cristianas la disponibilidad al envío de misioneros, sacerdotes y laicos, y de recursos concretos a las Iglesias más pobres.

**CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA:** Para que los maestros, dirigentes y profesores de todas las escuelas y universidades eduquen en auténticos valores a las futuras generaciones.



## ¡Sonría, por favor!

A propósito del “despropósito” del “indec” que dijo que en la Argentina se puede vivir con seis pesos por día, hay un chiste muy simpático que vamos a compartir.

Decía un cordobés con su gracia tan particular:

–Yo iba al supermercado con seis pesos y me traía una coca, un pollo, un paquete de papas fritas y un postre.

Y el otro pregunta:

–¿Y ahora?

–¡Imposible!, el chino se avivó y puso más cámaras.

